

de sociología que la visita. Mucho más interesante es la relación vida/literatura presentada en *La canción del pirata*, ya que no sólo enmarca la historia de Juan Cantueso, sino que aparece a lo largo de la novela como una historia secundaria interesante en sí misma. Juan Cantueso y el bachiller tienen una relación de dependencia casi simbiótica. Es decir, el bachiller necesita conocer la vida de Juan Cantueso para escribir su novela, y Cantueso necesita contar su vida al bachiller porque del libro que este último escriba puede depender la vida de Juan Cantueso: el que lo dejen en libertad y no lo maten. Cantueso está al tanto de esta dependencia y amonesta a veces al bachiller, amenazándolo con calumniarlo si el libro no está escrito para favorecerle. «Si tú vienes de Judas y me estás engañando», dice Juan, «ni ibas a sacar gran cosa en limpio no siendo como no eres de la Inquisición o la Justicia; ni, si lo eres, iba a faltarme tiempo, para pagarte el favor, de contar y de inventarme sobre tu persona y pensamientos lo que más dañoso y con más color de verdad se me ocurra...» (p. 111). No obstante Juan Cantueso reconoce las habilidades artísticas de su amigo. «Sé», le dice a éste, «que los tuyos no son los papeleos de la Justicia sino otros...» (p.111). Su admiración le hará identificarse con él y desear emularlo: «Cuando me lees algo de esto que me llevas escrito», dice al bachiller, «porque te lo pido o te viene en gana, aun con tan rebién puesto como está, no veo imposible el haber sido gente como tú, si tu crianza me hubieran dado. Inteligencia no me falta, lo sé yo». (p. 63).

Ni la socióloga de *Las mil noches*, ni el bachiller de *La canción*, editan lo que escuchan, sino que reproducen fielmente todo, incluso los comentarios que los protagonistas hacen sobre sus oyentes. Algo parecido a lo que ocurre más dramáticamente en el cuento *Axolotl* de Cortázar, donde el que escribe no es el hombre visitante del acuario, sino el yo que se encuentra al otro lado del cristal transformado en pez. Con este procedimiento de duplicación interior se logra contraponer la ciencia y la literatura a la vida misma que queda realzada en ambas novelas, al ser ella la que toma precedente (por ser puesta en el papel tal como se cuenta), frente al supuesto estudio sociológico que la oyente realizará con la información obtenida del relato de Hortensia; o la novela que el bachiller va a escribir posteriormente con el material ofrecido por Cantueso, sobre su vida, en la novela que leemos.

En *El amor de Soledad Acosta* la relación vida/literatura es casi imperceptible. La literatura, cuando se menciona, es ridiculizada como una pesantez frente a lo emocionante del vivir mismo. Así por ejemplo cuando Toña, la amiga de Soledad, dice a ésta que le gustaría que le «echara un ojo a tres o cuatro poemillas», Soledad replica que no ha ido a verlos todavía porque no ha tenido tiempo (verdaderamente, es que se había olvidado). «Aunque si llego a acordarme», dice más adelante, «tampoco hubiera ido, pobre Toña, no estoy con ganas de versitos». (p. 24).

La relación dialéctica entre vida y literatura, que tanto ha preocupado a los escritores desde Cervantes (recordemos los temas de *Madame Bovary*, *La desheredada*, *La Regenta*, etc.), es presentada de nuevo en las novelas de Fernando Quiñones, especialmente en *La canción*, pero sin conflicto. Juan Cantueso respeta lo que escribe el bachiller y lo admira por ello, pero la vida de Juan no ha sido influida por lecturas de piratería o de otra índole. Hortensia Romero y Juan Cantueso, aunque muy inteligentes, son dos analfabetos, y Soledad Acosta una estudiante que está más interesada en vivir que en leer.

El papel de la ciencia y la literatura en Quiñones sirve más bien para subrayar la vida ex contrario. La literatura y la ciencia definen y por eso mismo inmovilizan la vida, aplastándola en esencias y fórmulas. La vida es dinámica e irrepetible. La literatura y la ciencia buscan lo universal; la vida puede ser sólo individual. El habla personal es quizás el signo por excelencia de esa vitalidad que caracteriza a los personajes quiñonescos, y es también el rito con el que cada personaje celebra su ser comunicándose con los demás. De ahí la insistencia de Quiñones en el medio de la palabra oral como significante de un personaje y la conciencia de que ningún libro puede frenar, enmarcándolo, este mundo múltiple y constantemente *inferi*.

Lo sexual

El elemento que mantiene el interés lectorial en las novelas de Fernando Quiñones es la sexualidad. En *Las mil noches de Hortensia Romero*, por ejemplo, las experiencias sexuales mueven la trama y permiten conocer a la protagonista y a toda una gama de tipos de la sociedad que son clientes o conocidos de ella. Sin embargo, no es ésta una novela puramente erótica que trata de la puta y sus experiencias; si así lo fuera, no pasaría de ser otra novela pornográfica. Como Dostoyevski, que en *Crimen y castigo* explota ese tema para escribir no una novela detectivesca sino metafísica, donde lo esencial es el ser, Quiñones aprovecha el interés y la importancia de lo sexual para hablar de la condición humana. La novela que mencionamos irá indagando en cuestiones fundamentales, como: ¿existe en la vida algo más allá de este deleite carnal?; ¿qué es el amor?; ¿cómo se relaciona el matrimonio con lo sexual y lo amoroso?; ¿es la puta Hortensia feliz con esa vida?; ¿son los otros, los respetados por la sociedad, más felices que ella?, y en última instancia: ¿en qué consiste la felicidad? y ¿qué es esto del vivir? Por tratar de asuntos universales, ésta y las otras novelas de Quiñones son microcosmos de un mundo mucho mayor que trasciende barreras temporales y espaciales.

El goce sexual no se subraya en *La canción del pirata* como en *Las mil noches*, aunque el elemento motor de la trama es la búsqueda del amor. Anica, la muchacha con la que Cantueso tuvo en su juventud una corta e intensa relación erótica, se convierte en *Leit-motiv* de la novela. Las aventuras de Juan Cantueso cobran mayor interés por tener un significado en la vida erótico/sentimental de éste, pues Anica es para Cantueso el ideal por el que lucha y vive. Pero Anica, como Dulcinea, sólo existe en la mente del caballero andante. Cuando casi al final de la novela Anica y Juan se encuentran y casan, no se entienden y no son felices.

En *El amor de Soledad Acosta*, la bella muchacha está obsesionada con el goce sexual que sabe existe, pero que todavía no ha probado. El deseo por hacer realidad este placer la mantiene esperanzada. La llave de Santa María, símbolo recurrente del deseo a lo largo del texto, es simultáneamente sinécdoque del órgano sexual masculino (quién no recuerda la metáfora italiana «chiavare», literalmente meter la llave, y el símbolo de la llave en Freud). La llave que penetra en la cerradura, es el instrumento imprescindible para abrir esa puerta al mundo desconocido del deleite sexual que fascina a Soledad. Aún no pretendiéndolo a ratos, la muchacha la lleva consigo todo el día (y toda la novela) para mostrar que esto va a ocurrir pronto y por un acto de su propia voluntad.

Además de mantener la atención del lector, la sexualidad en las novelas quiñonescas es imagen metonímica de lo instintivo y lo vital. Frente a la mistificación del hombre llevada a cabo por la sociedad y la literatura, estos personajes que aquí estudiamos viven como su instinto les dicta, aun si esto les acarrea problemas. En *Las mil noches de Hortensia Romero*, La Legionaria, como se llama a Hortensia, es puta porque, gustándole demasiado los hombres y no queriendo estar con uno solo, no puede sino tener esa profesión en una sociedad como la andaluza de mediados del siglo XX. Hortensia pudo haberse casado y ser aceptada por la sociedad, pero eligió no hacerlo, aún sabiendo que la considerarían una sinvergüenza. Por sus clientes aprende Hortensia (y los lectores del libro) que el casamiento no alivia los apetitos carnales ni espirituales. Sus clientes, hombres de todos los estados y profesiones, algunas respetadísimas, van a buscar consuelo espiritual y goce carnal en esta mujer excepcional. Sutilmente se exponen aquí los pecados de una sociedad que aparentando creer y ser una cosa, es otra. Como la Benina galdosiana, Hortensia va por la vida contenta con lo que le ha tocado vivir, haciendo el bien y dándose a los demás (en más de una forma).

En *La canción del pirata* lo vital se manifiesta en la sexualidad, pero no con muchas mujeres, sino básicamente con una. El protagonista se empeña en la búsqueda constante de la unión física con el ideal amoroso. Como Hortensia, Juan es un hombre auténtico que se guía por su intuición. Pícaro, que pudiendo en un momento formar parte de la sociedad más distinguida, prefiere seguir con los más pobres, pues es donde se encuentra a gusto y libre. En *La canción del pirata* la clase acomodada es comparada sólo a los pobres de la más baja condición. Durante la estancia de Cantueso en San Juan, por ejemplo, éste se mueve entre estos dos mundos brutales, sólo diferenciables por los ropajes y manierismos. «Piaras» los dos para Juan, aunque una de ellas parezca «pulida».

En la última novela de Quiñones, las ideas de la juventud sobre libertad, independencia y sexualidad se oponen a las de los padres de Soledad que representan los vestigios de moralidad de generaciones pasadas, a las que Hortensia y Juan pertenecieron. Soledad, aunque todavía tiene problemas con sus padres, no necesita ser una marginada social para acostarse con todos los hombres que quiera. Es más, ella parece ser —o se siente— la única del grupo que todavía es virgen. Explícitamente sugieren los jóvenes en este texto la posibilidad de que «la pareja sexual siempre fija puede no ser lo normal». (p. 77).

En *El amor de Soledad Acosta* se apunta a un nuevo despertar social, donde las necesidades vitales del ser humano (como la individualidad y el erotismo, entre otras cosas) son aceptadas. Aún así, en esta novela, al igual que en las otras dos de Fernando Quiñones, se respiran la gracia, melancolía y resignación características del andaluz. Lo que proporciona la felicidad en los tres textos novelescos es el amor, pero éste es efímero. Es más una ilusión que una realidad y pertenece al mundo del ensueño individual, como las experiencias de Hortensia, Juan y Soledad atestiguan. Es necesario, parecen decir estos tres personajes, vivir en el presente, contentándose con lo que hay: para ellos, una naturaleza bella y momentos de gran placer, en los que el individuo se olvida de sí mismo y llega a la comunión con otros en el acto sexual.

Mercedes Juliá